

Libros colombianos raros y curiosos

Escribe: IGNACIO RODRIGUEZ GUERRERO

— LXX —

VICTOR TOUZET—(¿ ?).—*Moral en acción*. Obra adoptada por la Universidad Nacional.—Colección de buenos ejemplos y de poesías escogidas arreglada, corregida y adaptada a la ortografía francesa moderna, por . . . profesor de francés en la Universidad Nacional.—11 x 16 ctms. Imprenta Metropolitana. Carrera de Ocaña, calle 2ª, número 29. VII-112 págs. Bogotá, 1869.

La influencia de la lengua y de la cultura francesa en Colombia es inmensa. Determinar sus orígenes es poco menos que imposible. Durante la época colonial, cuando los vetos y prohibiciones de la inquisición en materia bibliográfica no permitían la entrada al Virreinato sino de ciertos libros de devoción, y uno que otro clásico expurgado de la antigüedad greco-latina, los libros franceses, salvo algunos de muy probada ortodoxia, estaban proscritos en estas latitudes. Sin embargo, por medio de los que algún historiador apellidó “los navíos de la ilustración”, llegaron a Venezuela, subrepticamente, algunos de tales libros, considerados unos como impíos, otros como atentatorios de la moral que los criollos, es decir los españoles ultramarinos, y algunos peninsulares, leían en el mayor secreto, y aún hacían circular entre sus amigos. Parece que ocurrió en Colombia, y en el resto de Hispano-América, a este propósito, un fenómeno similar al presentado en Italia, durante el Renacimiento, respecto de los libros y manuscritos de procedencia helénica, que solo se conseguían a costa de muchos esfuerzos y dineros.

De este modo, burlando la vigilancia inquisitorial y los anatemas y sanciones de la autoridad eclesiástica contra los lectores y poseedores de libros prohibidos, llegaron a formarse copiosas bibliotecas particulares, en las cuales primaban los fondos bibliográficos franceses, como se advierte a primera vista en el catálogo de la que perteneció al Precursor don Antonio Nariño, incautada en agosto de 1794 por el oidor Joaquín de Mosquera y Figueroa, en el que al lado de la *Historia de los Sacramentos*, del padre Chardón, y de los *Pensamientos y sentimientos de piedad*, por el padre de Segaud, encontramos la *Medicina*, de Goudon; la *Llave de la lengua francesa*, por Galmase; la *Carta sobre la educación*, por Mme. de Genlis; la *Gramática francesa*, por Estau; la de Minet, sobre la misma materia; las *Cartas* de Montesquieu, y, en fin, gran copia de obras prohibidas entonces, como las de Rainal, Pascal, Voltaire, Necker, etc.

La ideología de las principales figuras de la emancipación era típicamente enciclopedista, desde la de los precursores y mártires de la revolución hasta la de los libertadores.

Y, superada la etapa de la fundación de la república, las clases ilustradas de la sociedad continuaron nutriéndose de la savia intelectual francesa, con Chateaubriand y Víctor Hugo, con Madame de Staël, Lamartine, Alfredo de Vigny, Musset y los grandes románticos que llenaron el mundo con su fama, para pasar luego, a la iniciación del modernismo, a rendir parias a la inspiración de quienes formaron a la cabeza de ese movimiento literario en Francia: Gautier, De Lisle, Heredia, Baudelaire, Verlaine, Banville, Mallarmé, Rimbaud, Henri de Régnier, Francis Jammes, Albert Samain. Sin que se hubiesen desvinculado en modo alguno de la influencia francesa de poetas, novelistas, filósofos y hombres de ciencia de la época actual. Aquel hermoso poema de José Umaña Bernal: *Cuando yo digo Francia...* es no sólo la expresión del sentimiento del poeta sino también la del sentir de muchas generaciones colombianas que se nutrieron durante mucho tiempo en las fuentes de esa cultura.

Leer en francés fue durante algún tiempo, en nuestro medio, señal de distinción y refinamiento. Vivir en Francia, así fuese por unos cuantos años, el mejor logrado de los sueños. Educar a los hijos en los institutos y universidades de París, la aspiración perenne de la gente culta.

De padres a hijos transmitíase entre nosotros el embrujo de Francia. Muchas veces, en las veladas familiares, oíamos a los abuelos evocar con emoción no exenta de nostalgia, sus recuerdos del país luminoso y lejano: sus viajes por la brumosa y y tristona Normandía, sus vacaciones en Biarritz o en St. Jean de Luz, sus excursiones marítimas por la costa francesa mediterránea. Eran aquellos recuerdos de sorpresas y contrastes, en los que se mezclaban paisajes tan disímiles como los de Auvergne y la Cote D'Azur, los Pirineos y los Alpes, monumentos tan distintos como el Castillo del Rey Renato, en las Bocas del Ródano y el Castillo de Versalles.

En las casas de cierta distinción, algo francés debía de existir para ostentarse en lugares adecuados: libros de poesía, en las ediciones elzevirianas de Alphonse Lemerre, en marroquí negro y rojo, cantos dorados, áureos y sobrios adornos en el lomo; mesitas de "Le Bahutier", incrustadas de nácar; un piano Montal, fabricado por Tessereau; una carabina deportiva salida de las fábricas de la "Manufacture Française d'Armes et Cycles de St-Étienne"...

Uno de los propulsores más eficaces de la lengua y de la literatura francesas en Colombia, hace justamente un siglo, fue el inteligente institutor galo Víctor Touzet, quien vino a la capital del país, contratado por el gobierno del General Santos Gutiérrez, como profesor de idiomas en la Universidad Nacional de Bogotá.

Muy poco sabemos de la vida de este benemérito servidor de la educación colombiana. Ni el lugar de su nacimiento ni el de su muerte nos es hasta ahora conocido. Solo, sí, que además de lingüista era matemático y contabilista, pues en 1896 publicó, en asocio de don Delfín Restrepo F., en la Imprenta de Lleras, un pequeño *Tratado teórico y práctico de aritmética y contabilidad*, al que le vendría mucho mejor el título de manual o compendio.

Para el mejor suceso de sus labores docentes, como profesor de francés, compuso el libro a que este capítulo se contrae, cuya propiedad literaria quedó debidamente registrada, en diciembre de 1869, en los términos del edicto siguiente:

“SANTOS GUTIERREZ,

Presidente de los Estados Unidos de Colombia,

Hago saber:

Que Víctor Touzet ha solicitado privilegio exclusivo para publicar y vender una obra de su propiedad, titulada *Moral en acción*, o sea una colección de trozos escogidos, en prosa y verso y en idioma francés, para uso de los alumnos de este idioma. Dicho título ha sido depositado en la Gobernación del Estado Soberano de Cundinamarca, previo el juramento requerido por la ley.

Por tanto en uso de la atribución 13^a que me confiere el artículo 66 de la Constitución, pongo por las presentes al expresado señor Touzet en posesión del privilegio por quince años; derecho que le concede la ley 1^a, parte 1^a, tratado 3^o de la Recopilación Granadina, que asegura por cierto tiempo la propiedad de las producciones literarias y algunas otras.

Dada en Bogotá, a 6 de diciembre de 1869.

SANTOS GUTIERREZ

El Secretario de Hacienda y Fomento,

J. SALGAR”.

Touzet, a su vez, cedió y traspasó el privilegio anterior en favor de don Ignacio Gutiérrez Ponce.

La obra está precedida de un brevísimo prólogo, suscrito por don José Manuel Marroquín, el festivo poeta y austero gramático, que, por aquellos tiempos era profesor de lengua francesa.

Marroquín estampa muchas verdades de orden metodológico en su prólogo, a tiempo que nos descubre la realidad de la influencia del idioma y de la cultura franceses en nuestro medio, hace justamente un siglo.

“Si lo importante de una enseñanza se ha de graduar por lo práctico de los conocimientos que ella procura, —dice— pocos hay (para nosotros, por lo menos) de más momento que la de la traducción del francés.

“Sea porque la literatura francesa domina actualmente en todo el mundo —añade— sea porque nosotros comunicamos más con los franceses que con los españoles, a nuestras manos vienen muchos más y mejores libros en francés que en castellano. Desde los mejores devocionarios hasta las más inmundas novelas, desde los tratados más clásicos sobre ciencia, artes e historia hasta los periódicos de modas, todo lo que forma nuestras librerías es francés. El que es aficionado a la lectura corre peligro de hallarse el día menos pensado sin cosa nueva que leer, si no sabe traducir francés. No saber traducir francés, casi es no saber leer... De ahí resulta que todo lo concerniente al estudio de este arte tiene suma importancia, y que, por consiguiente los libros que puedan ser útiles como textos de traducción son de los más apreciables...”. (Pág. V).

Y entra luego el señor Marroquín a ponderar las excelencias del librito de M. Touzet: las relaciones o cuentos, de intención moral, que en esta obra figuran; la extensión de ella, proporcionada al tiempo en que se supone que debe un principiante aprender a traducirlo, que es el de un año, aproximadamente; la claridad y sencillez de los textos transcritos, muy al alcance de los principiantes, con lo que se evita el error vulgar de otros libros similares, en los que se pretende lo imposible, es decir, que los muchachos aprendices de lengua francesa traten de traducir, desde los primeros días del aprendizaje, fragmentos de *El avaro*, de Molière o las *Cartas*, de Madame de Sévigné, para lo cual, no solo no están preparados sino que, en sentir del prologuista, se necesita poseer, si no el talento, el gusto de sus autores, y conocer el francés y el castellano como ellos conocían su idioma.

“Hacer de piezas de este jaez traducciones como las que en una clase de 1º o 2º de francés pueden hacerse —añade Marroquín— es profanar las bellas letras y acostumbrarse a no hacer caso del buen gusto...”. (Pág. VII).

Sostiene el prologuista la tesis, muy discutible por cierto, de que una antología como la de Touzet no debería contener poesías, sin duda por la dificultad que a los principiantes ofrece la traducción de versos franceses al castellano. Pero a renglón seguido advierte que, si no las contuviera, “sería menester que en las clases en que se ha de hacer uso de él se buscara otro libro para enseñar a leer versos...”. Es decir, que de to-

das maneras conviene su aprendizaje. Entonces, ¿por qué no incluir prosa y verso en el mismo volumen de una antología cualquiera?

“Acabaremos de exponer nuestro dictamen sobre la conveniencia de esta publicación, —concluye Marroquín— asegurando que desde que nos consagramos a la enseñanza de la lengua francesa, habíamos estado deseando que se hiciese la de algún libro en que se hallaran reunidas las calidades que se hallan reunidas en el presente...”.

Como queda advertido, el libro de Touzet tiene dos partes: en la primera se agrupan más de cincuenta cuentos, leyendas e historietas, en prosa diáfana, sencilla, enteramente familiar, para traducir los cuales bastaría el conocimiento de dos o tres centenares de palabras francesas. Desde luego, buena parte de estas prosas hacen referencia a la historia de Francia: *Un épisode de la Saint-Barthélemy*, *Les habitants de Villers-les-Moines*, *La soeur Marthe*, *L'hospice du mont Saint-Bernard*, *Une leçon de Fénelon*, etc., etc.

La parte segunda es una pequeña crestomatía de poemas franceses, principalmente de neoclásicos y de románticos: Casimir Delavigne, La Fontaine, Florian, Lamartine, J. B. Rousseau, Voltaire, Víctor Hugo, Malherbe, Gilbert, Bernis, Legouvé, etc.

La intención del autor, al componer este librito está enunciada en estas líneas introductorias, cuya redacción francesa da la medida de la plena adaptación lograda por Touzet para la comprensión de los estudiantes colombianos del idioma francés:

“Les préceptes de la morale s'adressent à l'esprit; les bons exemples se gravent dans le coeur, et un moraliste a dit qu'un bon exemple est la meilleure des leçons. Nous avons donc cru faire chose utile en réunissant sous le titre de *Morale en Action* un grand nombre de faits destinés à faire aimer la vertu et à inspirer l'amour du prochain. Nous pensons que le choix de nos récits est de nature à plaire par la variété des sujets, et par là même à intéresser plus vivement nos lecteurs...”. (Pág. 1).

Transcurridos cien años desde la publicación de este libro de Touzet, no ha vuelto a reeditarse. Es, por lo mismo, una de las verdaderas rarezas de la bibliografía colombiana.